JUGUETES DE NADIE

Lucía Miranda

Capítulo 1

INTRODUCCIÓN PARA ALGUIEN

El camino llegó a mí con historias que no viviré pero que han cobrado surrealismo por suceder tan cerca, o yo llegué a él con la expresión no compartida de mi concepción del mundo que, lejos de juegos estéticos o funcionales a la razón, es mía y por lo tanto es propia de la mujer que soy.

En dicha concepción habita Nadie porque dicha concepción habita en mí. Nadie, aquel fantasma que recorre mi continente, aquel ente que temo y que no, aquel personaje que falta en mi historia y la marca a su vez por la falta que hace. Su ausencia es la tensión del silencio. La voz inherente que divaga cuando no puede ser reconocida en este contexto en que soy real en tanto no pretenda ser más que un apéndice del genio.

Desestructuraré cada palabra referida a mí como extensión de algo, como segundo lugar. Gracias a Nadie, que flota conmigo, o me asusta o me permite reconstruir. Desestabilizaré la historia desde la queja que tengo en forma de náusea y no me deja morir.

Nadie se obstina en que yo divago, me pidió una descripción de sí para burlarse, porque dice ¡piensa! que todo espacio es demasiado corto para mí. Y yo le dije:

Aunque me cueste, he decidido empezar. He pensado demasiadas veces por dónde, cómo…..mentira. He pensado demasiadas veces en el final, el exitoso final de cada cosa que hago, aunque no la haga, aunque no la haré nunca. He puesto la fecha y he notado que han pasado 10 años ya desde que te encontré divagando. Mas no divago todo el tiempo, solo fuera de los límites y las órdenes que no comprendo. Si me aplico por un formato distinto de guión es porque sé cuál es el correcto y tengo 287 ejemplos. Para romper con algo, soy capaz de entrar sin temores por la puerta correcta solo para destruirlo todo después. Una predisposición absoluta en entregas periódicas confusas.

Nadie:

Quisiera sentirte algún día de sorpresa. Que me encuentres a veces y me pierdas en otras. Que me ignores y me empujes a donde nadie me vea y nunca me des suficiente para descubrirte completo. Quisiera que esa diferencia que tenemos te de golpes como a mí. De placer y no de susto. Por ti he guardado todo lo que alguna vez escribí, aunque no pueda

dártelo jamás, aunque ya lo tengas en mí.

¡Ay Nadie, como resumirte lo que pasa! El camino llegó a mí con historias que no viviré pero que han cobrado surrealismo por suceder tan cerca, o yo llegaré a él con mi verdad.

Capítulo 2

MI CIRCO

Frente a las puertas, tenía un mal presentimiento. Te dije: tengo un mal presentimiento. Las manos del hombre no le combinaban con el resto de su cuerpo, hubiera podido sacarse los pulgares para disimular pero tuvo que abrir la puerta a manera de bienvenida. Dentro de mis empecinamientos me conservo las dudas.

Siempre sentí que tomarte la mano me convertía en una extensión de tu cuerpo. Caminamos rodeando el escenario hasta el punto reservado para los dos quién sabe por quién. La cama era un triángulo blanco perfectamente ubicado, como una solución después de tanto errar. Ya no importaba donde estábamos ni las razones ni el camino, la calma también es un estado de olvido.

Partimos el tiempo en dos y nos compartimos los segundos, llevabas reflejada en la boca la historia de los años que hasta hoy soy capaz de proyectar en diapositivas como leyéndote la mente, pero ya no soy capaz de leerte la mente sin verte la nariz. En ocasiones como ésta escogía no tejerte los juegos que, cuando no podías seguir, te sacudías de los brazos destruyendo el lugar.

La proyección empezó… en medio de la oscuridad apenas se reconocían las imágenes en la tela, mi segunda reacción tuvo que ser una pregunta: ¿Por qué el público se había disfrazado y se presentaba ante nosotros como una fracción cómoda pero infaltable del espectáculo? Entonces no había un punto central, un foco de atención, ni siquiera un espectador, éramos todas fichas en un tablero que Nadie movía pero que alguien pintó sobre las bases de mi historia redonda.

Sí, redonda. Estaba tan segura de la forma de mi historia que no fue difícil gritarle a cada imagen que no correspondía a un elemento que yo pudiera reconocer en mí, ni siquiera antes de sentirme una extensión de tu cuerpo.

…La confusión es un payaso gordo sin pulgares diseñando laberintos espirales sobre un papel blanco causado por el vacío post-amor y pre…no sé qué se viene…

Me alejo tras de ti siguiendo mi instinto, cargando el cuidado que no pongo cuando te convierto en mi actor secundario para la constante toma de decisiones que no van a dejar de involucrarte. Una consumación perfecta, intocable tú en mi mundo imperfecto y en el más grueso manto

te he dejado más allá de lo que pudiera ver si me diera la vuelta y te escupiera todo lo que siempre me falta. Si una última duda me cerró los ojos porque seguías oliendo como siempre debías oler, lo que nace donde no hay espacio me espesa la sangre.

Sobre las calles que intentan hacerse pasar por dormidas, me como las letras y me dibujo una historia redonda.

Capítulo 3

LAS 9 Y 10

Tengo una nausea en la garganta dividiéndose entre las lágrimas en que quisiera convertirse (y lo hará seguramente) y la inocencia en cámara lenta de sentir que tengo todo el tiempo de una escena dentro de la cual, si Nadie me está viendo, pueda reconocer en mí cada color que conforma mi rostro y escoger al menos cinco ángulos diferentes para ver la lágrima que recorrerá mis labios dibujados hacia abajo por mí y esta sensación que huele a odiar de una manera tan nueva que me es casi irreconocible y no me conduce más que a la duda de si he tomado las peores decisiones en este juego.

Hace algunas horas le dejé de entender, aun cuando decía poco o en lo poco decía nada, yo solía deducirle los argumentos. Son las nueve y diez y la última conversación nos la dividimos, ella tenía la suya y yo, la mía. En los intervalos de cada palabra suelta, noto cómo recordar puede ser tan lento mientras el olvido suele ser presuroso. Noto también que hoy me molestan más que nunca sus costumbres. Cada mañana, la señorita A desayunaba alguna cosa con aguacate y café, prendía un tabaco, se ponía su sonrisa de oficina, apagaba el tabaco a medio fumar y se iba con su cartera dorada dejando abiertos los cajones de los que necesitó algo (para esta acción-omisión no era relevante si encontraba el algo o no). Esta mañana, sin embargo, A no se iba, se fue B y no supimos cómo, la única certeza para mí es que ese fue el punto exacto en que la nausea empezó: cuando volteamos el cuerpo de la señorita B y sus ojos, hoy más celestes que nunca, se convirtieron en deponentes de los dos últimos latidos de su corazón.

Yo quería mucho a la señorita B porque su historia era única para mí y seguramente para quienes la conocieran en vida. Debo confesar que soy una total desconocedora de las leyes de probabilidad, mas si alguien tuviera una historia similar, sería al menos acertado decir que el desenlace no le encontraría tan temprano como a ella. B se debatía entre lo que la vida parecía haber planeado para ella, los deseos ajenos no manifiestos y la pasión que encontró en su juventud. La muerte de sus padres a sus nueve años, le retornaba a veces como un amargo y mal recordado momento, libre de trauma o con el trauma bien enterrado -nunca lo descrifró- no ahondaba demasiado en la idea que tenía sobre sus padres porque no era ésta más que un embrollo tejido por los relatos sueltos de su abuela que nunca supieron colocarse en una línea cronológica coherente o con algún otro valor agregado que le permitiera a

B sentir que el concepto estaba finalmente completo.

Un día, la única ocasión en que me habló de ello, la señorita resaltaba más una esencia, una relación directa entre la idea de los progenitores y aquello a lo que la mente recurría al evocarlos: la revolución. Ambos habían fallecido en las selvas colombianas, tras decidir que había llegado su momento de unirse a la lucha armada, dejando a su hija con la abuela materna. Entonces, le pasaba a B, como luego me pasaba a mí (sus sentimientos seguramente serían más complejos), que pensar en ellos era pensar en decisiones, en aquellas formas hipotéticas de volver en el tiempo para cambiarlo todo y, en su lugar, tomar las mismas determinaciones, esas que suceden por convicción y a pesar de todo.

B labró sus propias sendas hacia el único fin de verse en el espejo y no reconocer ni una pizca de esa pasión militante, sin ideologías, solo metas propias: la profesión, los viajes, la familia. Ella, tan clara, decente y enfocada. Ella, que olvidaba todo por una llamada rápida cuyo resultado era un sujeto de gorra azul colocando con sumo cuidado siete rayas horizontales sobre la mesa de vidrio que era la misma que A utilizaba para comer y en la que yo pasaba horas preparando los círculos de estudio y los afiches que se pegan a las dos de la mañana. Dentro de las mismas paredes, vivíamos mundos tan distantes, pero siempre juntas, ni el Doctor ese (nótese el desprecio en "ese"), por el que alguna vez discutimos, nos logró separar.

De la misma forma en que nuestras mentes se ocupaban en distintas actividades que eran propias de cada una y, por lo tanto, insignificantes para las otras; se desocupaban en momentos que nos permitían estar juntas. La llegada del sujeto de gorra azul, la noche de ayer, fue uno de esos espacios en que nos encontramos para sonreírnos después de inhalar y gozar de los buenos recuerdos que se tornaban ahora en lo poco que teníamos en común.

Son las nueve y diez, la noche de ayer. La noche de ayer, me perdí en las horas, entre una raya y una botella de vodka robada de algún cumpleaños. A se quedó por la culpa, por la misma nausea que yo tengo pero que ella disimula mejor. Pero ¿el no saber que pasó nos coloca en peligro, nos vuelve cómplices o acaso culpables? A cree que sí, desde las ocho y cuarenta ha tratado de convencerme. Vuelvo a la habitación, nada ha cambiado, B yace tendida con la misma mirada sin fondo que, de manera muy singular, denota su muerte. Es claro que lo que la ha matado ha comenzado en su interior, una mezcla letal ingerida la noche de ayer.

Hace solo unas horas que yo me he levantado y la señorita A estaba ya en la mesa, con su cartera dorada para asegurarse sus últimos tabacos. A pesar de todo, siempre había admirado su serenidad y franqueza, atributos que en este momento resultaban bastante útiles. Son las nueve

y diez y he decidido ver a B por segunda ocasión. El cuerpo me resulta un enigma, tanto tiempo he habitado en teorías de cambiar el mundo que se me ha olvidado que sin cuerpo, no tengo dónde vivir. Mis manos han empezado a desvanecerse y solo se que no puedo confiar en la señorita A, tengo algo como un mal presentimiento de que ella tiene la culpa. He pensado y recordado durante un tiempo que me ha parecido infinito ¿Por qué aún son las nueve y diez? Me encierro en mi habitación y, desde mi cama, recuerdo que me he puesto un abrigo y unas sandalias antes de salir. Noto, indudablemente por primera vez, que los cajones se han quedado abiertos. Mis ojos estarán más celestes que nunca. A se habrá ido, por fin.

Capítulo 4

ESPIRAL

Para terminar, a su propia manera, decidió mientras descendía uno a uno los escalones en espiral que era mejor no besarle la boca una última vez. La penumbra que había quedado de la noche anterior no les puso de acuerdo y la despedida nació de una confusión casi paralela en los dos. Les ridiculizó. Lanzaron los dos tres besos al aire, con las direcciones indefinidas y que en origen no llegaron a contar como uno solo. Sin dar un paso se dieron la espalda, ella partió sin mirar atrás y, por consecuencia, echando de sí el deseo de saber si él había hecho lo mismo…aunque en viceversa. Nada supuso del hombre sin complicaciones.

Era pequeño, como cualquier lugar para uno en París, la única ventana que poseía el cuarto se fusionaba pasando por una cortina verde con la pared. Quieta, moviendo solo la mirada con esa sensación de presente que tanto le molesta, no pudo evitar notar que todas las camas donde duerme son blancas y las paredes se fusionan con los muebles en una escena abstracta, como oscurecida a propósito, como para no recordar. Eran las diez de la mañana y no había luz. Era como volver a emprender la noche de ayer.

Le había esperado en el bar, él llegó, duró un minuto y se fue. A un principio tan corto no se le pueden sumar promesas, entonces "dijo volver". Le dijo:

- Eres tú.

En ella, la sonrisa cordial. En él, siete segundos más para salir. Volvió.

En este punto de arranque deberíamos contar al menos el entendimiento previo a la cita de los desconocidos. Fue así: Arnaud, el parisino, accedió a compartirle la morada a la mujer que no tenía una en Paris. Eso es todo, no hay más. No dejemos caer la mente en juegos de predicción. Un par de mensajes permanentes más otro par de terceras personas resultaron en un trato sin necesidad de cláusulas.

No pasó entonces que ella pensara recibir más allá de lo estipulado en el párrafo anterior. No pasó tampoco que le defraudara el hecho de que Arnaud la llevara después a otro bar aunque caminando siempre dos segundos por delante. La nieve le bajaba la frente y le reducía la altura. Tal vez si quitáramos estas circunstancias hubiera sido ella capaz de mirarle a los ojos esperando que le rezumara las razones de por qué no se ponían de acuerdo y se restaba el uno, o se sumaba el otro, dos segundos

para avanzar sin complicaciones. No pudo contarle su plan. Ahora sabía tres cosas de él: Arnaud, el parisino, no tiene complicaciones.

El Quartier Latin de Paris, o Barrio latino, por darle algo en español, está vestido de fiesta. En la mesa que él escogió (con sus dos segundos de ventaja), posaron los temas para la noche y el vino les trastornó de a poco las palabras halándoles entre el pasado, el presente y los puntos de vista políticos. Así, sin pasión ni delirios de ningún tipo, le empezaba a resultar conocido. Por ejemplo, reconocía en él un antojo por guardarse los secretos dejando a la luz, como una ventana para respirar, una pizca de misterio opaco. Todo, sin querer.

Esta indiferencia por la claridad le duraría, desde ahí, hasta la noche, hasta la bajada de la espiral. Todo lo que le enseñó era oscuro como el rincón. Como los recuerdos caídos sobre en qué idioma hablaron al final de la noche anterior o al empezar la madrugada de ahora. Al menos había guardado su nombre en la almohada. Le llamó:

- Arnaud. Me tengo que ir.
- Yo también

Uno de los dos abrió la puerta, no sabemos quién. Tres pisos. Ella contó tres pisos por delante (aquí sí sabemos quién) y le pareció lo suficiente para que se le escapara por los poros el no saber qué hacer, expidiendo de la piel en el camino la falta de armonía como la falta de color a la oscuridad o, en este caso, la necesidad de convertir la oscuridad en un color. Su mente era un trompo, las sensaciones le giraban como enemigas de los recuerdos dejándole una náusea tan hermosa como la alfombra roja sobre los escalones (que no parecía la misma en la cual hundió los pies para subir). Podía reproducir en ella los pequeños momentos, avanzar, retroceder, ir más lento o borrar. Empezó a bajar, esta vez ella iba adelante. No sabía bien lo que hacía pero lo hacía con obstinación. Entonces se valió del primer escalón y dijo:

- Anoche tuve un sueño

Hubiera pagado en cualquier moneda por tener una tiza para rayar la pared y no olvidar el camino. No porque se le ocurriera regresar alguna vez (sobre esto, no tenía opiniones), sino porque le hubiera dado un buen uso la noche anterior, cuando llegaba Seis De La Mañana con sus pies descalzos a encontrarla, todavía, en el intento de señalar a Arnaud los puntos del cuerpo que le hacían vibrar de frío. Él no la entendió, la dejó tendida en la madrugada helada y ella, bocabajo, no lo dejó pasar. De a poco, a sus ojos, el empezó a cambiar, su cuerpo se encorvaba cuando ponía a sus manos a cargo de sostenerle las rodillas, como acostumbran todos los hombres de brazos grandes al dormir. Eso era, exactamente

eso, Arnaud era uno de todos los hombres.

Y sin embargo, tenía que ser él a quien esperara en el bar, tanto como tenía que ser La Náusea de Sartre para acompañarla en el viaje o la música de El Último Tango en Paris para sonar en medio del tránsito que la obligó a llegar un día después. Tenía que ser ayer, no un día antes, tenía que esperar y tenía que ser él a quien esperara.

No ha llegado a definir si fue la suerte de Arnaud quien la obligó a llegar tarde hace dos días y puntual la noche anterior…o si fue la suya o la de la ciudad. De cualquier manera no se puede hablar de la ciudad como victimaria, habría que deducir entonces que, con su imagen de incomprendida metrópoli y sus aires de deseo por delante, no ha tenido otra opción que volverse cómplice. Así, dejó Paris y París la dejó partir sin resentimientos.

Era verdad. Si bien Seis De La Mañana la había sorprendido con los ojos perplejos, el alcohol a lo largo de la noche le endulzó la sangre lo justo para dormir un poco y despertar con los gestos hipócritas pero de azúcar. En el caso de las palabras, eran verdad.

- Me soñé aquí, contigo.

Le dio dos escalones de tiempo y siguiendo los dos por el mismo compás, Arnaud no le devolvió ni una nota. Y aún si pensáramos que la falta de respuesta la decepcionó (como no fue el caso), hasta eso lo hubiera dejado pasar. No formaba ni una mínima parte de sus intereses que él la tomara del brazo con el romanticismo que en toda la noche no se hizo presente. Ni de parte de ellos ni de parte del encuentro, ni de la telaraña de idiomas ni de las palabras conjugadas en gestos. El aire a su alrededor se fue contagiando de algo más, a pesar de las cosas que ella no deja pasar.

Bien pudo él haber aceptado su apatía por la luz o el hecho de que sus labios hablándole le retumbaban el cuerpo como un par de lunas mojadas (gracias Cortázar). Y es que, una vez en el bar (el tercero), bien pudo seguir el juego de buscar una mujer teniendo ya una a su lado y convencido de que sentarla en el rincón no era un indicio de las ganas que tenía de probarle el español de los labios. De esos espacios en el que Uno no puede moverse sin molestar un poco a Dos, no se podía pedir más que un rincón para un beso. Tal vez dos. No se puede pedir más que la música buscando el extremo más alto para evitar el silencio de después de besar. Se puede pedir una música más acorde al momento, es verdad, pero se tendría que decidir antes. Por consecuencia, decidir el momento y correr el riesgo de que no se despierte para volver a pasar. Mejor continuemos…cinco escalones después:

Soñé que había gente. Y se metía al piso para robar.

Hace mucho tiempo ya, había dejado de contar las veces en que empezaba sus conversaciones con la palabras sueño, o soñar, o ayer en la noche. Siempre había sido así para los demás. Nunca tenía apuro al hablar ni ganas de dar respuestas a todos. Regalaba primero a su interlocutor el tiempo para verle los matices del lugar en la piel. En esta ocasión era el turno de Arnaud para responder.

Se mantuvo entonces la sensación de espera arrastrada en ella como un velo al bajar, que bien podía ser un velo blanco y a Nadie le hubiera molestado, por suerte Nadie no se les cruzó en la espiral. Llevaba un proyector en la cabeza para pisar los escalones en cámara lenta e incrustarse los momentos de espera como puntitos rojos en las piernas que le devolvieran las sensaciones después, cada vez que él reanudaba el habla. Ya a la mitad de la espiral, él rió de una manera estúpida pero apacible casi intentando prevenir la sentencia:

- Espero que no haya sido más que un sueño.

Su humor. Como si no fuera lo bastante arduo tejer los idiomas, Arnaud le sumaba ahora la tarea de entenderle el humor. Pensó que si pudiera fabricarse unos minutos para regresar y cambiar el pueblo que la permitió crecer por una de esas calles adoquinadas (que hacen más fuerte el sonido de los tacones de las damas de la alta sociedad), entonces anotaría en su libreta los momentos, no las frases, o más fácilmente los gestos ante los cuales un sujeto corriente debe reaccionar, es decir reír.

…No, no hay necesidad de mentirnos así, la verdad es que no cambiaría nada que le quitara la costumbre de tomar, exprimir y desfigurar las situaciones. No podría hurtarse a sí misma su forma de sentir y repetir las veces que desee…

En el trayecto de la puerta a la despedida recordó el trayecto del beso en el rincón a la mirada en la cama, cuando se vio en el apuro de pensarle en español y evocó a Arnoldo, el pequeño de las historietas, el de cabeza de balón. El que te deja sin palabras dándote la contra mientras te desnuda de maneras para alcanzar algún tipo de reivindicación más o menos respetable y para rematar, lo logra todo sin siquiera valerse de intenciones. Arnaud en español es Arnoldo y no lo sabe.

El parisino tampoco sabe que puede ser dos personas, aunque no al mismo tiempo. Tiene la capacidad de cambiar de rostros, podría incluso guardar la una en un cuadro sin que esta envejeciera (pues no todos los rostros puestos en un cuadro están destinados a envejecer). Y volviendo a esta historia…el parisino está dotado de una sonrisa que le cambia la perspectiva al sujeto que lo ve. Sin que esto sea algo malo, por supuesto. Tal vez ni siquiera es verdad. Fue ella quien diagnosticó su situación y no

le dijo nada. Ahora ella sabe tres cosas de él y una más que se ha inventado: Arnaud, el parisino, no tiene complicaciones, tiene el poder de desdibujarse al sonreír.

Dejando la risa (o la falta de ella) a un lado, no podía evitar saborear en sus respuestas un alivio casi aprobado por el último escalón y directamente después, la puerta. Detrás de la puerta el mutuo dolor de cabeza, el mutuo quejido y sobre todo, la nieve. Esa que cae en pedazos pequeños, como la historia de la noche anterior. Dividida como el desenlace y desvaneciéndose al tocar el suelo. Desvaneciéndose como Arnaud y dejándola a ella sin necesitar de él para que sea cierto.

No hay final, podríamos volver a empezar en otro orden y tampoco habría final. A ella solo le queda volver, no volver a persistir, ni volver a aguantar, no acabar ni volver a empezar. Regresar en sí, con la historia en retazos para armarla a su propia manera, y empezar.

Capítulo 5

SABOR DE CIUDAD

Oh, Pierrot. Han pasado tantos años que ya no tengo ni la certeza de si alcancé a decirte o no. Nadie tampoco. Hoy que tengo algo de tiempo disponible y de reservas emocionales lo suficientemente sólidas y valientes, he decidido aplicar algunos filtros a mi discurso en un intento por transmitir tu sabor de ciudad. Espero que el hilo de esta carta le sea fiel al hilo de la historia que tuvimos y a su capacidad de fluir en los espacios muy a pesar de todo lo que nos hizo falta, incluido aquello que no conocíamos aún. Será seguro la nostalgia quien conduzca esta aeronave de memorias, seguro; pero no la nostalgia de ti, Pierrot, sino de tu sabor tan propio que no es más que la esencia misma de esa ciudad que hoy extraño.

Si, muy de repente, anhelara volver en el tiempo, guardaría en un cofre tus secretos y me diría a mí misma que esa, la tuya, es la forma más noble de vivir. Que no hace falta ser el héroe de otros. Si no se puede ser el de uno mismo uno muere en lo profundo. ¿Eres tú tu propio héroe, Pierrot? ¿Vives acaso con un agudo e íntimo orgullo de quien eres? Porque así te podía sentir cuando tomabas el centro de una plaza con la certeza de que la gente se reuniría para verte con tu traje de rayas y tus botones en el pantalón y en la nariz. Con tus ojos verdes y tu sonrisa torcida, totalmente feliz de ser Pierrot. Te diría que la vida cambia tanto y aunque ya no sé de ti, pienso que no podrías negar que te has montado en al menos diez motañas rusas desde entonces, desde aquel día en que todo empezó en esa ciudad, con su música y su olor puro a canela y naranjilla.

Cómo supiste ser ciudad desde el primer momento, cómo supiste reflejar en tus gestos y tus caprichos que las siete de la noche en el redondel final de esa larga calle te pertenecían a tí como te pertenecían las mañanas de domingo en la plaza grande. Caminar contigo, de tu mano o no, me engrandecía de una forma muy superficial. No lo tomes a mal, Pierrot, digo superficial desde la perspectiva de la gente. Y es que nadie nos conocía tan bien como nos concíamos el uno al otro y los detalles de nuestros momentos juntos, que no eran tan fáciles como se podría deducir al ver nuestras frentes muy en alto mientras avanzabamos cargando el gran peso de todo el material construido para actuar cuando las luces nos iluminaban altivos en escenarios sin tramoya.

Un día, te fuiste Pierrot. Se desvaneció tu sonrisa en medio de una calle más ancha que de costumbre y, aunque la había visto desvancerse antes cuando te molestabas conmigo y entrecerrabas los ojos para explicarme por qué mis teorías no me dejaban ser tan libre como tú, esta vez fue

diferente. Nos perdimos quizá por dejar que todo se volviera real ¡Imaginate Pierrot, estábamos en la puerta de un banco! ¿Qué podía volvernos más comunes y mortales? Esa puerta era la misma que cruzaba la gente que no queríamos ser, Pierrot. Nos pasó por eso, supongo, por alejarnos sin conciencia de las subidas de adoquines y los cafés con tortillas de verde del local de mesas antiguas, entradas de madera y letreros pequeños. ¿Te acuerdas del vecino, Pierrot? Era el dueño del local, le encantaba hablar con nosotros porque le hacíamos sentir todo un artista. Nos hablaba de su padre, un compositor del pueblo que le heredó el negocio, el amor por la música y la seguridad, desconocido pero nunca frustrado, feliz. Y esa debía ser la lección de nuestras vidas. Oh, Pierrot, frustrase jamás.

Quizá, en realidad, todo estaba en mí. ¿Era yo, Pierrot? Porque…recuerdo que te conocí mucho antes, en un teatro y entonces, no sabías a ciudad. No por ti, Pierrot, tú nunca tuviste la culpa de nada. Por mí, porque yo no supe reconocerte, porque era muy joven entonces para saber a qué sabía la ciudad o si las ciudades sabían a algo que las pudiera diferenciar entre sí. También te recuerdo después, cuando la urbe sabía a ti al ocultarse el sol y yo regresaba al local y me tomaba un café sola, antes de enrumbarme en dirección a los sitios que no llegaste a comprender conmigo. Y no te necesité más, Pierrot, pero seguí recurriendo a tu sabor para agarrarme con la punta del pie de un pasado que, finalmente, sí fue el más libre y noble que viví. Me robaría tus secretos Pierrot, para escoger otro camino para mí (porque no es mi intención robarte las memorias y los logros que tendrás acumulados desde entonces), para seguir siendo capaz de salir a la ciudad y encontrar que es ella la que sabe saber, o saber yo sola, o saber a Nadie, o ser leal a ti.

De cualquier forma, gracias, Pierrot.